



Una aventura de
SHERLOCK
HOLMES

ARTE
EN LA
SANGRE

BONNIE
MACBIRD

HarperCollins

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Bonnie MacBird
© 2016, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Título español: Arte en la sangre
Título original: Art in the Blood
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales hechos o situaciones son pura coincidencia.

Traductor: Carlos Ramos Malave
Diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd 2015
Imágenes de cubierta: Shutterstock.com

ISBN: 978-84-16502-20-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Primera Parte. Al salir de la oscuridad](#)

[Capítulo 1. La chispa](#)

[Capítulo 2. De camino](#)

[Segunda Parte. La ciudad de la luz](#)

[Capítulo 3. Conocemos a nuestra clienta](#)

[Capítulo 4. El Louvre](#)

[Capítulo 5. Les Oeufs](#)

[Capítulo 6. Le Chat Noir](#)

[Tercera Parte. Se trazan las líneas](#)

[Capítulo 7. ¡Ataque!](#)

[Capítulo 8. Una pendiente resbaladiza](#)

[Capítulo 9. La artista en peligro](#)

[Capítulo 10. La historia de Mademoiselle](#)

[Cuarta Parte. Entre bambalinas](#)

[Capítulo 11. Irregularidades en Baker Street](#)

[Capítulo 12. El puente colgante](#)

[Capítulo 13. Mycroft](#)

[Capítulo 14. Armados con mentiras](#)

[Quinta Parte. Dentro de la ballena](#)

[Capítulo 15. La llegada](#)

[Capítulo 16. Se necesita un arreglo](#)

[Capítulo 17. En el seno de la familia](#)

[Capítulo 18. Un primer vistazo](#)

[Sexta Parte. Cae la oscuridad](#)

[Capítulo 19. ¡Asesinato!](#)
[Capítulo 20. La sirvienta](#)
[Capítulo 21. Al borde del abismo](#)
[Capítulo 22. Un terrible error](#)
[Séptima Parte. Se enredan los hilos](#)
[Capítulo 23. El terror se entreteje](#)
[Capítulo 24. Watson investiga](#)
[Capítulo 25. El relato de Vidocq](#)
[Octava Parte. El baño de negro](#)
[Capítulo 26. Hombre herido](#)
[Capítulo 27. Hermanos de sangre](#)
[Capítulo 28. La Victoria Alada](#)
[Novena Parte. 221B](#)
[Capítulo 29. Camino de Londres](#)
[Capítulo 30. Transformación](#)
[Agradecimientos](#)

Para Alan

Prefacio

Durante el verano olímpico de 2012, mientras buscaba información sobre medicina de la época victoriana en la biblioteca Wellcome, hice un descubrimiento tan sorprendente que alteró por completo mi búsqueda. Tras solicitar varios volúmenes antiguos, me entregaron una pequeña selección llena de polvo; algunos ejemplares eran tan frágiles que estaban sujetos con delicadas cintas de lino.

Al desatar el más grande, un tratado sobre el uso de la cocaína, descubrí un grueso fajo de papeles doblados y amarillentos atado a la parte de atrás.

Abrí las páginas con cuidado y las extendí ante mí. La letra me resultaba extrañamente familiar. ¿Me engañaban mis ojos? Abrí la cubierta del libro; en la página del título, con la tinta desgastada, estaba escrito el nombre del dueño original: el doctor John H. Watson.

Y allí, en aquellas páginas arrugadas, había una aventura completa e inédita escrita por ese mismo doctor Watson; en ella aparecía su amigo, Sherlock Holmes.

Pero, ¿por qué no habían publicado aquel caso junto con los demás tanto tiempo atrás? Supongo que es porque la historia, más larga y quizá más detallada que la mayoría, revela cierta vulnerabilidad en la personalidad de su amigo que podría haber puesto en peligro a Holmes de haberse publicado durante sus años en activo. O tal vez Holmes, al leerla, simplemente prohibiera su publicación.

Una tercera posibilidad, claro, es que el doctor Watson, sin darse cuenta, doblara su manuscrito y, por razones desconocidas, lo dejara atado a la parte trasera de aquel libro.

Después lo perdió o se olvidó de él. De modo que yo lo comparto con vosotros, pero con la siguiente advertencia.

Con el tiempo, tal vez por la humedad y el deterioro, diversos pasajes quedaron ilegibles y yo me he esforzado en reconstruir lo que parecía faltar. Si hay algún error de estilo o inexactitudes históricas, por favor, atribúilo a mi incapacidad para completar los espacios donde la letra era indescifrable.

Espero que compartáis mi entusiasmo. Como dijo recientemente Nicholas Meyer, descubridor de *Solución al siete por ciento*, *Horror en Londres* y *The Canary Trainer*, y como piensan todos los admiradores de Conan Doyle, «¡Para nosotros nunca es suficiente!».

Tal vez queden aún historias por descubrir. Sigamos buscando. Mientras tanto, sentaos junto al fuego y sumergíos en otra más.

PRIMERA PARTE

AL SALIR DE LA OSCURIDAD

«Tengo la gran ambición de morir de agotamiento
y no de aburrimiento».
Thomas Carlyle

Capítulo 1

La chispa

Mi querido amigo Sherlock Holmes dijo una vez: «El arte en la sangre puede adoptar las formas más diversas». Y así le pasó a él. En mis numerosos informes sobre las aventuras que compartimos, he mencionado su maestría con el violín, su capacidad interpretativa, pero su arte era mucho más profundo. Creo que residía en la esencia de su indiscutible éxito como el detective más prestigioso del mundo.

No he querido escribir en detalle sobre la naturaleza artística de Holmes, por miedo a revelar una vulnerabilidad en él que podría ponerlo en peligro. Es bien sabido que, a cambio de sus poderes visionarios, los artistas sufren con frecuencia de una extrema sensibilidad y unos violentos cambios de humor. Una crisis filosófica o simplemente el aburrimiento por estar inactivo podían sumir a Holmes en una melancolía paralizante de la que yo no podía sacarlo.

Así fue como descubrí a mi amigo a finales de noviembre de 1888.

Londres estaba cubierto por un manto de nieve, la ciudad estaba aún conmocionada por el horror de los asesinatos de Jack el Destripador. Pero en aquel momento no eran los crímenes violentos los que me preocupaban. Me había casado aquel año con Mary Morstan y vivía en una burbuja de agradable domesticidad, a cierta distancia de los aposentos que había compartido anteriormente con Holmes en Baker Street.

Una tarde, mientras leía plácidamente junto al fuego, un mensajero sin aliento me llevó una nota. La abrí y la leí: *Doctor Watson, ¡ha incendiado el 221B! ¡Venga enseguida! Sra. Hudson*

En cuestión de segundos me encontraba atravesando las calles en taxi camino de Baker Street. Nada más doblar una esquina, sentí que las ruedas resbalaban sobre los montículos de nieve y el vehículo se tambaleó peligrosamente. Golpeé el techo con la mano.

—¡Más deprisa! —grité.

Entramos derrapando en Baker Street y vi el coche de bomberos y a varios hombres que abandonaban nuestro edificio. Salté del vehículo y corrí hacia la puerta.

—¡El fuego! —grité—. ¿Están todos bien?

Un joven bombero se quedó mirándome con los ojos brillantes y la cara ennegrecida por el humo.

—Ya está apagado. La casera está bien. El caballero, no estoy tan seguro.

El jefe de bomberos lo echó a un lado y ocupó su lugar.

—¿Conoce al hombre que vive aquí? —preguntó.

—Sí, bastante bien. Soy amigo suyo. —El jefe me miró con curiosidad—. Y su médico.

—Entonces entre ahí y encárguese de él. Algo no va bien. Pero no es por el fuego.

Gracias a Dios que Holmes al menos estaba vivo. Los dejé atrás y entré en el recibidor. Allí estaba la señora Hudson retorciéndose las manos. Nunca había visto a la buena mujer tan alterada.

—¡Doctor! ¡Oh, doctor! —exclamó—. Gracias al cielo que ha venido. Estos últimos días han sido terribles, ¡y ahora esto! —Las lágrimas brillaban en sus ojos azules.

—¿Él está bien?

—El fuego no le ha afectado. Pero hay algo, algo horrible... ¡desde que estuvo en prisión! Tiene hematomas. No habla, no come.

—¡En prisión! Pero, ¿cómo es que...? No, ya me lo contará más tarde.

Subí corriendo los diecisiete escalones hasta nuestra puerta y me detuve. Llamé con fuerza. No obtuve respuesta.

—¡Adelante! —gritó la señora Hudson—. ¡Entre!

Abrí la puerta de golpe.

Me golpeó una ráfaga de aire frío y cargado de humo. En el interior de aquella estancia tan familiar, el sonido de los carruajes y de las pisadas quedaba amortiguado hasta casi desaparecer sobre la nieve recién caída. En un rincón había una papelera volcada, ennegrecida y húmeda, con trozos de papel chamuscados tirados por el suelo y parte de las cortinas quemadas y empapadas.

Y entonces lo vi.

Con el pelo revuelto y la cara cenicienta por la falta de sueño y de comida, sinceramente parecía estar a las puertas de la muerte. Yacía tiritando en el sofá, ataviado con una bata andrajosa de color morado. Tenía una vieja manta roja enredada en los pies y, con un movimiento rápido, tiró de ella para taparse la cara.

El fuego, junto con el humo rancio del tabaco, había inundado el estudio con un fuerte aroma acre. Una ráfaga de aire gélido se coló por una ventana abierta.

Me acerqué a ella y la cerré mientras tosía a causa del aire fétido. Holmes no se había movido.

A juzgar por su actitud y por su aliento entrecortado, supe de inmediato que había tomado algo, algún estupefaciente o estimulante. Sentí un torrente de ira que me invadía, pero fue sustituido por la culpa. Con mi felicidad de recién casado, hacía semanas que no veía a mi amigo o hablaba con él. De hecho, hacía poco Holmes había sugerido que fuésemos juntos a un concierto, pero, además de con mi vida social de casado, yo había estado ocupado con un paciente muy enfermo y se me había olvidado contestar.

—Bueno, Holmes —comencé—. El incendio. Háblame de ello.

No hubo respuesta.

—Según tengo entendido, has estado encarcelado recientemente. ¿Por qué motivo? ¿Por qué no me avisaste?

Nada.

—Holmes, ¡insisto en que me digas qué está pasando! Aunque ahora esté casado, sabes que puedes recurrir a mí cuando suceda algo que... cuando... si alguna vez... —Me

quedé sin palabras. Silencio. Me invadió un profundo malestar.

Me quité el gabán y lo dejé colgado en el sitio de siempre, junto al suyo. Regresé junto a él y me quedé de pie a su lado.

—Tengo que saber qué ha pasado con el fuego —anuncié con calma.

Un brazo delgado emergió de debajo de la manta raída y se agitó vagamente.

—Un accidente.

Agarré velozmente su brazo y tiré de él hacia la luz. Como bien había dicho la señora Hudson, estaba lleno de hematomas y tenía un corte considerable. En el lado transversal podía verse algo más alarmante; las evidentes marcas de las agujas. Cocaína.

—Maldita sea, Holmes. Deja que te examine. ¿Qué diablos sucedió en prisión? Y ¿por qué acabaste allí?

Apartó el brazo con una fuerza sorprendente y se acurrucó bajo la manta. Silencio.

—Por favor, Watson —dijo al fin—, estoy bien. Vete.

Yo me detuve. Aquello iba mucho más allá del ocasional estado anímico depresivo que había presenciado en el pasado. Me tenía preocupado.

Me senté en el sillón situado frente al sofá y me dispuse a esperar. A medida que sonaba el reloj situado sobre la repisa de la chimenea y los minutos fueron convirtiéndose en una hora, mi preocupación fue en aumento.

Tiempo después, la señora Hudson entró con unos sándwiches, que él ignoró. Cuando la mujer se entretuvo en la habitación para recoger el agua que habían dejado los bomberos, Holmes le gritó que se marchara.

Salí con ella al rellano y cerré la puerta a mis espaldas.

—¿Por qué ha estado en prisión? —le pregunté.

—No lo sé, doctor —respondió ella—. Algo relacionado con Jack el Destripador. Lo acusaron de manipular las pruebas.

—¿Por qué no me avisó usted? ¿O a su hermano? —pregunté. En aquella época yo apenas sabía nada de la in-

fluencia considerable que ejercía Mycroft, el hermano mayor de Holmes, sobre los asuntos gubernamentales, pero me daba la impresión de que podría haberle ofrecido algo de ayuda.

—El señor Holmes no se lo contó a nadie, ¡simplemente desapareció! Yo creo que su hermano no se enteró hasta transcurrida una semana. Lo liberaron inmediatamente después, por supuesto, pero el daño ya estaba hecho.

Mucho después descubrí los detalles de aquel horrible caso y de los juicios mal orientados a los que había tenido que enfrentarse mi amigo. Sin embargo juré guardar el secreto sobre este asunto y ha de seguir siendo un tema para los libros de historia. Basta decir que mi amigo arrojó bastante luz sobre el caso, algo que resultó de lo más incómodo para ciertos individuos de las altas esferas del gobierno.

Pero esa es otra historia. Regresé a mi vigilia. Pasaron las horas y no logré estimularlo, hacerle hablar ni comer. Seguía sin moverse y yo sabía que se trataba de una peligrosa depresión.

La mañana dio paso a la tarde. Al colocar una taza de té junto a él, reparé en lo que parecía ser una nota personal arrugada sobre la mesita. Desdoblé sin hacer ruido la mitad inferior y leí la firma: *Mycroft Holmes*.

Abrí la nota y la leí. *Ven cuanto antes. El asunto de E/P requiere tu inmediata atención.* Doblé la nota y me la guardé en el bolsillo.

—Holmes —le dije—, me he tomado la libertad de...

—Quema esa nota —la respuesta fue un hilillo de voz procedente de debajo de la manta.

—Está todo demasiado húmedo —respondí yo—. ¿Quién es «E barra P»? Tu hermano ha escrito que...

—¡He dicho que la quemes!

No dijo nada más y permaneció tapado y sin moverse. A medida que avanzaba la velada, decidí esperar y quedarme allí a pasar la noche. Holmes comería, o se desmayaría, y yo estaría allí, como su amigo y su médico, para recoger los pedazos. Pensamientos de lo más valerosos, sin duda, pero poco después me quedé dormido.

Me desperté a primera hora de la mañana siguiente y me encontré tapado con esa misma manta roja que, ahora me daba cuenta, pertenecía a mi antigua habitación. La señora Hudson estaba de pie junto a mí con la bandeja del té y otra carta, rectangular y de color rosa, situada sobre el borde de la bandeja.

—¡Es de París, señor Holmes! —exclamó agitando la carta en dirección a mi amigo. No hubo respuesta.

Se fijó en Holmes y en la comida sin terminar del día anterior, meneó la cabeza y me dirigió una mirada de preocupación.

—Ya van cuatro días, doctor —susurró—. ¡Haga algo! —Dejó la bandeja junto a mí.

La figura acurrucada en el sofá agitó su brazo delgado para que se marchara.

—¡Déjenos solos, señora Hudson! —gritó—. Dame la carta, Watson.

La señora Hudson se marchó y me lanzó una mirada de aliento.

Levanté la carta de la bandeja y la alejé.

—Primero come —le ordené.

Holmes emergió de su capullo con una mirada de odio y se metió una galleta en la boca, sin dejar de mirarme como un niño enfadado.

Aparté la carta y la olfateé. Capté un perfume inusual y delicioso, vainilla, quizá, mezclado con algo más.

—Ahhh —murmuré con placer, pero Holmes logró arrancarme la carta de la mano y escupió de inmediato la galleta. Examinó concienzudamente el sobre, después lo abrió y sacó la carta antes de ojarla con rapidez.

—¡Ja! ¿Qué te parece, Watson? —Sus ojos grises estaban nublados por el cansancio, pero se iluminaron con curiosidad. Buena señal.

Le quité la carta. Al desdoblarla, me di cuenta de que Holmes estaba mirando la tetera con incertidumbre. Le serví una taza, añadí un chorro de brandy y se la entregué.

—Bebe —le dije.